

**LA RELEVANCIA DE LA HISTORIA DE LOS  
CONCEPTOS KOSELLECKIANA EN LA TEORÍA  
POLÍTICA CONTEMPORÁNEA. A PROPÓSITO DE  
LA PUBLICACIÓN DE *ILUSTRACIÓN, PROGRESO,  
MODERNIDAD***

**THE RELEVANCE OF KOSELLECKIAN  
CONCEPTUAL HISTORY ON CONTEMPORARY  
POLITICAL THEORY. REGARDING THE  
PUBLICATION OF *ILUSTRACIÓN, PROGRESO,  
MODERNIDAD***

Miguel FERNÁNDEZ DE LA PEÑA\*  
*Universidad Complutense de Madrid*

RESUMEN: La reciente publicación de *Ilustración, progreso, modernidad*, aparece como una excusa para volver a dar cuenta de la relevancia de la historia de los conceptos como parte vital de nuestras formas de investigar el pasado. Para ello conviene empezar por situar los tres conceptos que la edición ha tenido en cuenta, entendiéndolos como conceptos útiles para la comprensión de lo que representa la *Sattelzeit*. Una vez ello nos ha permitido dar cuenta de los principales elementos del enfoque koselleckiano, tendremos en cuenta las críticas que ha recibido desde otras formas de concebir la historia del pensamiento político. Por último, conectaremos la *Begriffsgeschichte* con la propuesta del contextualismo de Cambridge.

PALABRAS CLAVE: *Begriffsgeschichte*, Ilustración, progreso, modernidad, *Sattelzeit*.

---

\*Agradezco sus comentarios y orientación general sobre la materia del texto a Joaquín Abellán, director de mi tesis doctoral y gran conocedor del trabajo de Koselleck, sin cuya ayuda estas páginas no hubieran sido escritas.

ABSTRACT: The recent publication of *Ilustración, progreso, modernidad*, appears as an excuse to readdress the importance of Conceptual History as a vital part of our ways to investigate the past. For this purpose, it is useful to begin by situating the three concepts that the edition has chosen, and understand them as useful concepts for the understanding of what the *Sattelzeit* represents. Once this has allowed us to account for the main elements of the Koselleckian approach, we will deal with the criticisms that the approach receives from other ways of conceiving the History of Political Thought. Finally, we will connect the *Begriffsgeschichte* with the Cambridge contextualism proposal.

KEY WORDS: *Begriffsgeschichte*, Enlightenment, progress, modernity, *Sattelzeit*.

La publicación de *Ilustración, progreso, modernidad* (2021), tres entradas fundamentales del diccionario *Geschichtliche Grundbegriffe*, aparece como una nueva oportunidad para abordar la relevancia del enfoque koselleckiano de historia de los conceptos, para lo cual tendremos en cuenta sus elementos más característicos, así como algunas de las críticas que habitualmente recibe.

Reinhart Koselleck (1923-2006) es uno de los principales exponentes de la historia de los conceptos, siendo uno de los impulsores, y finalmente el único editor<sup>1</sup>, del *Geschichtliche Grundbegriffe*, un macroproyecto entre la historia y la filosofía que, además del reconocimiento de muchos colegas, también le generó ciertas desavenencias de parte de algunos historiadores y filósofos (Oncina, 2007: 36). La escuela interpretativa que encabezó parte de la asunción fundamental de que los conceptos están desarrollados históricamente, o más bien *conceptualizados* en las mismas fuentes históricas. Así, a diferencia del sentido unívoco que recae sobre las palabras a causa de la posibilidad de definir las, los conceptos son polisémicos y encierran experiencias y acontecimientos de una multiplicidad de significados. Desde una particular situación histórica, caracterizada por unas determinadas experiencias político-sociales, se produce una conceptualización, que introduce una serie de significados en relación con los cuales se usa tal concepto. De ese modo, comienza una lucha por el sentido entre propuestas contrarias, deseosas de dotar al concepto de un significado y no de otro<sup>2</sup>. Esta pugna puede tener como consecuencia la fijación temporal del

<sup>1</sup> Debido al fallecimientos de los primeros impulsores, Otto Brunner (1898-1982) y Werner Conze (1910-1986).

<sup>2</sup> La *Begriffsgeschichte* da cuenta de la lucha por el sentido de los conceptos como consecuencia de la propia contingencia de su contenido. Sin embargo, limitarse a señalarlo no supone

significado, sellando la relación entre una palabra y una realidad histórica específica, lo que crea un concepto como algo único. De igual forma, a la vez que en los conceptos se depositan determinadas experiencias sociales, son también factores de cambio porque influyen en la acción social, y ese mismo cambio es lo que les mantiene en una lógica de desarrollo o mutación impidiendo su universalidad o inmutabilidad. Por tanto, no podemos llevar a cabo la historia de un concepto concreto, pero sí de los diferentes estratos que se le han ido añadiendo (Abellán, 2007: 234-239). De ese modo, el enfoque koselleckiano combina la semasiología, que atiende a los múltiples significados que se dan para un mismo término, con la onomasiología, la cual tendría en cuenta las múltiples denominaciones en forma de palabras que se usan para conceptos idénticos (Gómez Ramos, 2004: 18), puesto que los conceptos conforman estratos, procediendo de varios contextos o campos semánticos diversos, y actuando en ellos simultáneamente.

La variación del significado de los conceptos supone en algunos casos una ruptura temporal, como la acontecida entre 1750 y 1850. Conocida por Koselleck como *Sattelzeit*<sup>3</sup>, fue el periodo durante el cual muchos de los conceptos políticos y sociales adquirieron contenidos y referencias “modernas” (Abellán, 2007: 224). Dicho periodo histórico resulta particularmente relevante puesto que genera el cambio hacia el “*régimen temporal* moderno” (Oncina, 2015: 97), momento en el que hacen su aparición los cuatro criterios o hipótesis de Koselleck en relación con el cambio de los conceptos a largo plazo. Se trata de la “democratización”, que implica que el vocabulario político y social se amplía y pasa a generalizarse, aplicándose a distintos ámbitos de la vida; la “politización”,

---

una explicación de dicha característica, de tal modo que esta ha sido abordada por Elías José Palti, quien, de la mano de Hans Blumenberg, encuentra que el estudio de las metáforas y de los mitos permite explicar por qué los conceptos no pueden fijar nunca de manera estable su contenido semántico. No se trata de que los conceptos cambien ni sean capaces de estabilizarse como consecuencia del cambio histórico, puesto que un escenario de estabilidad no implica necesariamente esta estabilización conceptual. En cambio, “los conceptos no pueden fijar un contenido estable porque cambian, sino que cambian porque las construcciones intelectuales nunca pueden fijar sus contenidos semánticos” (Abellán, 2013: 246).

<sup>3</sup> Aunque la noción de a la *Sattelzeit* resulta útil en la comprensión del cambio de los conceptos políticos en su modernización, no debemos entenderla como fundamentación última de la propuesta koselleckiana. Al contrario, el propio autor del concepto lo considera “muy ambiguo”, ya que “desde el punto de vista teórico, *Sattelzeit* es un término bastante débil”. Koselleck asume que establecer un marco temporal del cambio de los conceptos requiere de un estudio pormenorizado, puesto que cada país experimentó la modernidad en tiempos variables: si en el caso francés se podría situar en torno a finales del siglo XVII, tras el reinado de Luis XIV, en el caso italiano la *Sattelzeit* podría ser consecuencia de las innovaciones conceptuales de la época de Maquiavelo (Koselleck, 2006b: 7).

que supone que los conceptos se aplican cada vez a un número mayor de personas; la “ideologización”, en el sentido de que su contenido abstracto pasa a vincularse con determinados intereses, lo cual delimita su uso; y, por último, la “adquisición de una dimensión temporal”, en tanto que aportan referencias en el tiempo, marcando diferencias entre el antes y el después, al igual que se vinculan a escenarios futuros posibles (Abellán, 2007: 225-226).

Estos cuatro criterios nos ayudan a entender con mayor facilidad el porqué de la selección de las entradas llevada a cabo en el texto al que dedicamos estas páginas: Ilustración, Progreso y Modernidad son tres conceptos que dan mucha cuenta del proceso de cambio acontecido entre los siglos XVIII y XIX, de modo que resulta relativamente sencillo rastrear, en la elaboración de los tres autores, los cuatro criterios señalados por Koselleck. Atendamos, en este sentido, al siguiente pasaje en relación con el concepto de Ilustración:

Mientras que forma parte de las características esenciales de la Ilustración significar en general “conocimiento de la verdad”, “criterio de verdad” o difusión “de la verdad”, y comprender los conocimientos y habilidades que conducen a la felicidad de la persona, ninguno de los partidos pleiteantes puede permitirse renunciar a la utilización de este término, porque así renunciaría a su propia pretensión de verdad. En consecuencia, el conflicto de definición se concentró una y otra vez en la delimitación de la verdadera Ilustración respecto de la falsa, incluso aunque se pudiera hacer el reproche de la falsa Ilustración sobre todo a los paladines radicales del racionalismo religioso-político (Stuke, 2021: 91).

El pasaje anterior nos muestra, en primer lugar, cómo la noción de Ilustración se democratizó en la medida en que pasó a generalizarse y a afectar a una multiplicidad de ámbitos de la vida, no limitándose al ámbito del conocimiento o su incidencia política. En segundo lugar, el concepto se politiza ya que son múltiples y distintos miembros de esa sociedad, con diversos modos de entenderla, los que pasan a usarla. Igualmente, “Ilustración” se ideologiza ya que en la búsqueda imponer su “verdadera” versión, respecto de la “falsa”, tiene una pretensión de hacer hegemónicos unos intereses. Por último, el concepto adquiere una dimensión temporal en tanto que marca una diferencia respecto de un pasado de tradición y retraso oscurantista. De hecho, según el autor de esta entrada del diccionario la presentación de estos múltiples usos del concepto no limita en modo alguno futuros usos “partidistas” del mismo, puesto que la pugna por delimitar cuál es la verdadera Ilustración sigue vigente. Así, aunque a finales del siglo XIX

se culmina la tarea de concretizar Ilustración como una época histórica en la que se dieron una serie de corrientes intelectuales emparentadas con la búsqueda de una razón autónoma, ello, sin embargo, no ha acabado con aquellos ejercicios políticos o intelectuales que reivindican la necesidad de una segunda o tercera Ilustración, conforme a un intento de avanzar hacia el ideal de perfección que esta promete (Stucke, 2021: 162).

Estos cuatro criterios se pueden rastrear, siguiendo el patrón anterior, en los otros dos conceptos. A este respecto, resulta particularmente interesante la forma en que Koselleck comienza su desarrollo histórico relativo al concepto “progreso” (*Fortschritt*) señalando que este vino a llenar un vacío causado por la ausencia de la noción de temporalización en conceptos ya existentes. Estos últimos se encontraban insertos en la lógica naturalista y circular del devenir. Así, el concepto “progreso” fue de la mano de la aparición la noción de “después”, de la “superación” o de “lo alcanzado”, de tal modo que adquiriría una connotación de esperanza casi religiosa. Por medio de ello se limitaba la posibilidad de la repetibilidad tan característica de la Antigüedad, puesto que los retrocesos quedaban circunscritos a periodos breves (Koselleck, 2021: 166). La idea de progreso quedaba encuadrada dentro de referencias temporales señalando una diferencia entre el antes y el después y proyectando un escenario futuro deseado. Esto supone una distancia muy considerable respecto de la forma en que en la Antigüedad se pensaba en la “mejora”, puesto que el discurrir del tiempo no implicaba una dirección unitaria necesariamente hacia mejor. En este sentido, ni siquiera el cristianismo fue capaz de presentar una noción clara de progreso ya que estaba ligada al desarrollo de unas instituciones romanas que, al colapsar, acabaron con esta perspectiva (Koselleck, 2021: 180). Frente a ello, es la noción de perfeccionamiento de la Ilustración, en particular aquella que se muestra en la obra de Condorcet, la que permitió pensar en términos de progresividad (Koselleck, 2021: 199).

El abordaje de “Progreso” por parte de Koselleck sirve de forma análoga para dar cuenta de la “democratización” de los conceptos modernos, en tanto que generalización de sus usos y aplicación a distintos ámbitos. Esto se percibe con claridad en el paso de una noción de “progresos particulares” a “un progreso de la historia”, de tal modo que este último toma la iniciativa de la acción como agente histórico. Así, de estos progresos sectoriales en los ámbitos de la ciencia renacentista, la técnica o la moralidad, se pasó a pensar en términos de progreso general, como un concepto guía para interpretar la historia en su conjunto, solo a partir del momento en que, tal y como critica Wieland, se incluyeron los

progresos propios del ámbito sociopolítico (Koselleck, 2021: 218-224). En cuanto al criterio de “ideologización”, como uso instrumental de un término abstracto que pasa a vincularse con determinados intereses, encontramos las propuestas de aquellos que apelaban a un “verdadero progreso” que no podía ignorar los mandatos religiosos ni la ley positiva, sino acompañarse con ellos (Koselleck, 2021: 249). El lado contrario a dicho ejercicio es la crítica que el concepto comenzó a experimentar en autores tales como Baudelaire o Sorel, tendencia que se acrecentaría con la catástrofe que supusieron dos guerras mundiales, tras las cuales la obra de Horkheimer conectaría el desarrollo técnico con la deshumanización (Koselleck, 2021: 255-256).

Por último, el concepto “moderno” o “modernidad” (*modern, Modernität, Moderne*) supone un cierto desafío para la propuesta koselleckiana en tanto que su primera aparición se encontraría en la polémica de la *Querelle des Anciens et des Modernes*, que tuvo su inicio en 1687 y que comenzó a dar cuenta del sentimiento de superioridad de los “modernos” (Gumbrecht, 2021: 267). Esta posibilidad, que pondría en entredicho el marco temporal de la modernización de los conceptos en el mundo germano, entre 1750 y 1850, es descartada por el autor al asumir que no es este primer momento sino a partir de la liberación de la conciencia del presente respecto de la Antigüedad, efectuada por Schlegel y Schiller por medio de sus respuestas de sobre la conciencia de modernidad del Romanticismo, cuando “moderno” lleva a cabo su verdadera irrupción como concepto (Gumbrecht, 2021: 307). Solo a partir de ese momento, en el que se marca esa superación de los antiguos, se puede hablar claramente de “temporalización”. Del mismo modo, el concepto se ve afectado por la lógica de la “ideologización”, en tanto que se vincula con determinados intereses y cosmovisiones, algo patente, entre otros, en los autores del Premarzo europeo (1848), los cuáles pasan a entenderlo en el sentido de algo transitorio o contingente, o en críticos de la modernidad como Nietzsche, quien se distancia de lo moderno en línea con su rechazo a la Revolución y sus valores en favor de la compasión (Gumbrecht, 2021: 281, 290).

Nuestro abordaje del texto no puede obviar, a continuación, algunas las principales críticas que el enfoque ha recibido, lo que, sin embargo, nos permitirá enfatizar el valor de sus aportaciones. La primera de dichas críticas sostendría, al menos implícitamente, una cierta irrelevancia del intento de comprender cómo los diversos autores o intervinientes del debate público han entendido ciertos conceptos, puesto que su conceptualización no nos vincularía con dichos significados. Así, podríamos, e incluso deberíamos, tratar de depurar las comprensiones

con el objeto de llegar a las conceptualizaciones correctas o verdaderas. Esta lectura, muy propia de una tradición de historia de las ideas textualista, aboga por tratar de obtener conocimiento por medio de un adecuado ejercicio de abstracción y de generalización. Se trataría de utilizar la filosofía como instrumento que nos permitiese unificar una serie de conceptos bajo una comprensión única, cercana a la esencia de los significados, de tal modo que, siendo capaces de ignorar las aparentes diferencias entre los movimientos e “ismos”, pudiéramos encontrar conexiones entre ideas. Frente a esta crítica, la historia de los usos de los conceptos se presenta como un enriquecimiento del conocimiento que disponemos sobre nuestro pasado y la construcción histórica de los significados ya que no elude la riqueza y la complejidad de la conversación pública a lo largo de los siglos. Por tanto, aunque los detractores del enfoque entiendan que la historia conceptual es más enjundiosa de lo que desearían, no se trata de un vano ejercicio puesto que nos dota de instrumentos que nos ayudan en la comprensión de los conceptos en su contacto con la realidad, una vez que hemos rechazado toda posibilidad de sintetizar un significado esencial de los mismos.

Desde la óptica de Koselleck, ya no se buscarían esas ideas invariables que construyan un canon filosófico en el que se da una conversación entre épocas, ya que la utilización de la misma palabra no garantiza que se esté discutiendo sobre un mismo concepto. Investigar de este modo sobre los conceptos en lidia es la única forma a través de la cual se podría llevar a cabo filosofía, entendida esta como “un proceso continuo de conceptualización que trabaja en la esencial indeterminación de los conceptos y se desenvuelve en el medio lingüístico del diálogo”, no pudiendo, por tanto, consistir en la depuración de los conceptos (Gómez Ramos, 2004: 12).

Una segunda crítica habitual del enfoque atendido sostiene que el pensador político no debiera estar interesado en la historia de la conciencia, especialmente en aquella que no hubiera trabajado los conceptos con el suficiente rigor intelectual o que no permitiera trazar conexiones con nuestro presente. Es por ello por lo que la tradición textualista tiende a elaborar un canon relativamente jerárquico de autores “relevantes” o “útiles” para nuestra teoría política contemporánea. Esto solo puede llevarse a cabo si se asume que esos autores clásicos elegidos poseían una capacidad diferenciadora que les permitiría obtener una verdad sobre la política que se mantendría inalterable conforme a la esencia de los conceptos. Se trataría, por tanto, de una lectura de los autores como buscadores de una “verdad” o conocimiento atemporal, objetivo genuino del pensamiento, y capaces de trascender las limitaciones de las comprensiones sociales del momento

para formar parte de dicha atemporalidad. Así, los filósofos estarían más bien discutiendo con sus pares de siglos anteriores y lugares distantes, y no con sus contemporáneos o vecinos, y no tendrían necesidad de hacer uso de las categorías que construían su propio contexto social<sup>4</sup>. Frente a este planteamiento, el relato histórico intermedio entre historia de la realidad fáctica e historia de la conciencia supone descartar la posibilidad de marcar una línea entre unos autores que ciertamente han captado la verdad de la política y unos otros incapaces de llevar a cabo esta tarea. Por tanto, aunque las categorías de unos puedan parecer más certeras o hayan recibido más atención histórica, no podemos obviar el estudio de cómo las categorías que utilizaron se discutieron en su momento histórico. Así, nuestro objeto de estudio pasa a centrarse en cambio en el propio ejercicio de la conversación pública en torno a ciertos conceptos, colocando a los autores clásicos como participantes de esos debates, ya que intervinieron en ellos desde intenciones políticas concretas y le dieron un cierto sentido a la realidad social como actores que usaban unos determinados conceptos con unas particulares intenciones. Por tanto, aunque la obra de clásicos como Maquiavelo pueda seguir siendo relevante, nuestro enfoque no se limitaría a estudiar sus obras, sino que también prestaría atención a conceptos que hayan podido rodear sus aportaciones o surgir como consecuencia de ellas, como es el caso de “maquiavelismo”. Este último puede entenderse como un concepto histórico que se tornó autónomo respecto del autor del que tomaba su nombre, ya que durante siglos recopiló dentro de sí una serie de significados emparentados con las estrategias políticas moralmente cuestionables que tenía como objetivo el acceso al poder o a recursos. Así, podría resultar relevante el estudio de cómo el maquiavelismo fue utilizado como descalificativo político dentro de las dinámicas parlamentarias europeas a partir del siglo XVIII.

Una tercera crítica, omnipresente en el rechazo de los enfoques metodológicos que enfocan la historia del pensamiento desde precauciones históricas o lingüísticas, es aquella que señala que como resultado de este tipo

---

<sup>4</sup> Esta posición puede encontrarse, en mayor o menor medida, en la obra de autores como George H. Sabine, Arthur O. Lovejoy o Leo Strauss. Sin embargo, no debemos caer en la caricatura fácil que hace de otros especialistas de nuestra rama un absoluto ridículo. En este sentido, resulta conveniente no simplificar las reflexiones ajenas con el propósito de presentar nuestra propuesta metodológica. Si bien se trata de un ejercicio extremadamente complicado, la forma de solventar el reto que supone pasa por referirnos directamente a las interpretaciones de los autores. De lo contrario, podríamos falsear o caricaturizar sus reflexiones, como en cierta medida sucede habitualmente dentro del debate entre Strauss y sus seguidores y los partidarios de la Escuela de Cambridge (Fernández de la Peña, 2020-2021: 165-166).

de investigaciones solo se puede obtener un “cementerio” o “anticuario” de ideas, en tanto que no se conectan con el presente como la Filosofía Política o la Teoría Política demandaría. Es por ello por lo que habitualmente se señala que nuestra lectura debe estar marcada por los intereses teóricos y prácticos del momento, puesto que la indagación en el pasado no debe ser un fin en sí mismo. Así, los métodos que proponen figuras como Koselleck o Skinner podrían contribuir “a moderar los excesos ‘textualistas’ de los filósofos políticos en sentido estricto” pero no servirían para la comprensión filosófica que la teoría política requiere (Vallespín, 1995: 46), un argumento que lleva siendo utilizado con particular frecuencia durante al menos los últimos 80 años: “A person who wants to know what a political philosophy is, if he is not an *antiquarian*, means to ask about its truth, its certainty, or its reliability, and about the kind of criticism that should be applied in order to test these qualities” (Sabine, 1939: 2).

Confrontar esta tesis exige subrayar algo que ya apuntábamos líneas arriba: la alternativa al supuesto anticuario o cementerio es conectar el presente con anacronismos extraídos del pasado, algo que no aporta conocimiento riguroso alguno. Sería un error tratar de buscar pensamiento general donde hay un proceso de descripción de una realidad contingente y contextualmente marcada por medio de unos conceptos no asimilables a las palabras utilizadas posteriormente. En palabras de Skinner, lo que estaríamos haciendo es tratar de “encajar los prejuicios propios dentro de los nombres más carismáticos bajo el disfraz de la especulación histórica inocua”, de tal modo que “la Historia se convierte entonces en un conjunto de trucos con los que jugamos con los muertos”<sup>5</sup> (Skinner, 2002: 65). Por tanto, si descartamos la posibilidad de pensar en la esencia de los conceptos y en una conexión de esta con una realidad atemporal presente en los elementos de la política, debemos centrarnos en hacer historia conceptual como desempeño filosófico, independientemente de que los detractores de nuestros métodos consideren que el resultado supone la construcción de un gran cementerio de ideas.

En cualquier caso, no debemos limitarnos a esta primera respuesta. Quienes hacen suya la crítica del anticuario tratan de sostener que las aportaciones de Koselleck y su relevancia se miden únicamente en relación con la producción de conocimiento riguroso e híper-especializado. Sin embargo, lo cierto es que dicho enfoque tiene la potencialidad de influir en debates sociales más amplios. En ese

---

<sup>5</sup> “...to fix one’s own prejudices onto the most charismatic names under the guise of innocuous historical speculation. History then indeed becomes a pack of tricks we play on the dead”.

sentido, la Ciencia Social solo puede ser partícipe de un tipo de objetividad, es decir, de aquella que es resultado de una renuncia explícita a llevar a cabo juicios de valor. No cabe aspirar a otro tipo de objetividad, puesto que todo enfoque perteneciente a este tipo de ciencia está marcado por unos valores que intervienen en la construcción del propio objeto de estudio (Weber, 2009: 123-126). Esto implica que la pretensión de elaborar una historia conceptual no está exenta de propósitos, independientemente de su depuración metodológica, uno de los cuáles podría ser llevar a cabo una compensación a la erosión de experiencia causada por la gran velocidad de modificación de las condiciones civilizadoras de la vida, y el consiguiente envejecimiento ultrarrápido de las tradiciones que orientan el ámbito de lo social (Oncina, 2007: 57; Oncina, 2015: 102). A partir de esta posibilidad, la historia conceptual permite funcionar como “fuente de inspiración de los más atrevidos pensadores que han examinado el capitalismo y su crisis en clave de una gramática temporal”, como es el caso de H. Rosa, Byung-Chul Han, Z. Bauman, P. Virilio o H. U. Gumbrecht (Oncina, 2021: 35).

Otro ejemplo manifiesto de la incidencia de la historia de los conceptos de Koselleck en el ámbito no especializado es su influencia dentro del campo de la memoria nacional y la representación de las víctimas y los verdugos. Este campo de la investigación de Koselleck no se limita al caso alemán, y ha tenido acogida en otros contextos, generando iniciativas tales como el proyecto nacional para la historia de los conceptos llevado a cabo en Países Bajos que arrancó en 1994-95 en el Netherlands Institute for Advanced Study (Abellán, 2013: 249). En este sentido, la aportación de Koselleck resulta relevante en torno a la adecuación o no de ciertos elementos dentro de las representaciones de las víctimas del Holocausto, algunas de las cuáles criticó, como es el caso del uso de la *Pietà*, la cual representa el duelo de María por Jesús, excluyendo por un lado a las mujeres y los niños víctimas de la guerra, y por el otro a los judíos por sus connotaciones antisemitas (Koselleck, 2011: 141-142). En cualquier caso, debemos ser prudentes a la hora de presentar esta conexión entre historia de los conceptos de Koselleck y la memoria histórica puesto que el propio historiador es, en cierta medida, algo reactivo a algunas de las categorías de esta: “Y en mi caso concreto, no es fácil que sea convencido por ninguna experiencia que no sea la mía propia. Yo contesto: «Si no les importa, me quedo con mi posición personal, individual y liberal, en la que confío». Así pues, la memoria colectiva es siempre una ideología...” (Koselleck, 2006b: 2). De hecho, su comprensión de la memoria pasa por entenderla como algo que puede estar dividido, algo que sería “mejor que inventarse una memoria única, de una sola pieza” (Koselleck, 2006b: 4).

A modo de cierre dedicaremos unas líneas a comparar el enfoque de Koselleck con el propio de la Escuela de Cambridge, liderada por J. G. A. Pocock y Quentin Skinner. Estos últimos han servido de inspiración para algunas de las críticas que recibe el primer enfoque, como aquella que señala que abordar los conceptos por separado, enfatizando en demasía su individualidad o especificidad, en lo que constituye una extensísima enumeración por orden alfabético, genera algunos inconvenientes, o aquella otra que alerta de la excesiva plasticidad de los significados de los conceptos, puesto que esta última debiera tener algún límite analítico (Gómez Ramos, 2004: 20). Sin embargo, la propuesta de Koselleck presenta otros elementos que la privilegian de aquella defendida por sus homólogos británicos, como es su distanciamiento respecto de la lectura normativa de Skinner en lo relativo a *freedom* y *liberty* (Koselleck, 2006a: 8, Abellán, 2007: 244). En segundo lugar, los contextualistas no prestarían atención al modo en que las unidades políticas que dan lugar a esos usos lingüísticos interactuaron con los conceptos que creaban (Richter, 1990: 57), no elaborando una caracterización de los periodos de conflicto y crisis (Richter, 1990: 66). En tercer lugar, al haberse especializado en la primera modernidad, no conectan con los cuatro criterios de los conceptos modernos (temporalización, democratización, ideologización y politización). Por último, cabría plantearse, en particular en lo referente a Skinner, si es posible hacer una historia de los usos de un concepto sin abordar su propia identidad como tal, elaborando una historia de sus continuidades y sus cambios, puesto que habría que plantearse si es suficiente considerar que “uso” es lo mismo que “significado” (Richter, 1995: 134).

Estas diferencias, que en algunos casos son mera división de los campos de investigación, no impiden cierta convergencia entre los enfoques, de modo que algunos autores han tratado de señalar los paralelismos entre ambas escuelas, como es el caso de Melvin Richter, Kari Palonen, Elías Palti o Javier Fernández Sebastián<sup>6</sup>. Los puentes entre las dos corrientes han propiciado que el History of Political and Social Concepts Group (HPSCG) asuma la posibilidad de trabajar complementariamente con ambos enfoques (Fernández Sebastián, 2011: 5). Por ello, resulta más pertinente señalar las convergencias entre ambas escuelas,

---

<sup>6</sup> “En esos trabajos nos hemos inspirado parcialmente en el método de la *Begriffsgeschichte*, si bien hemos tenido muy en cuenta otras propuestas metodológicas, en particular las provenientes de la llamada escuela de Cambridge. Al igual que Melvin Richter y Kari Palonen, pensamos que no sólo es factible, sino conveniente, combinar las sugerencias y reflexiones de ambas escuelas” (Fernández Sebastián, Fuentes Aragonés, 2006: 7).

que van más allá del propio enfoque histórico, ya que ambos dan cuenta de cómo la conciencia del cambio histórico comienza a poner en duda los saberes de la tradición, ya se produzca como consecuencia de la emergencia de una comprensión contingente del propio tiempo histórico en el Renacimiento italiano, en palabras de Pocock, o como resultado de un tiempo nuevo de conciencia histórica mediada por la confianza de llevar a buen puerto los proyectos que encarna la humanidad, algo que para Koselleck se produce tras la Revolución Francesa y la Revolución Industrial (Valkhoff, 2006: 85-86). Así, para ambos, el cambio de paradigma histórico genera una mayor movilidad de los contenidos de los conceptos, que pasan a ser menos fijos y más ambiguos. De ese modo, la experiencia o tradición van perdiendo autoridad y el significado se torna subjetivo (Valkhoff, 2006: 87). Por ello, posiblemente sea más adecuado poner el acento no en sus diferentes conceptualizaciones de este cambio histórico sino en su común apuesta por una descripción contingente de los contextos políticos que nos permita comprender la relevancia del estudio de la historia conceptual.

## Bibliografía

- ABELLÁN, J. (2007). “En torno al objeto de la ‘historia de los conceptos’ de Reinhart Koselleck”, en Bocardo Crespo, E. (ed.). *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*, Madrid: Tecnos, pp. 215-248.
- (2013). Recensión de: Fernández Sebastián, J. (ed.). *Political Concepts and Time. New Approaches to Conceptual History*; Santander: McGraw Hill Interamericana de España/Cantabria University Press, 2011. *Revista de Estudios Políticos*, 162 (octubre-diciembre), pp. 245-277.
- FERNÁNDEZ DE LA PEÑA, M. (2020). “De Strauss a Skinner. Dos aproximaciones metodológicas para una lectura de Maquiavelo”, en *Anacronismo e Irrupción*, Vol. 10, Nº 19 (noviembre 2020-abril 2021), pp. 149-175. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/anacronismo/article/view/3222/4947>
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. (ed.) (2011). *Political Concepts and Time. New Approaches to Conceptual History*, Santander: McGraw Hill Interamericana de España/Cantabria University Press.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. & FUENTES ARAGONÉS, J. F. (2006). “Historia conceptual, memoria e identidad (I): entrevista a Reinhart Koselleck”. *Revista de libros*, 111, pp. 1-10. <https://www.revistadelibros.com/articulos/historia-conceptual-memoria-e-identidad-i-entrevista-a-reinhart-koselleck#comentarios>

- GÓMEZ RAMOS, A. (2004). “Koselleck y la Begriffsgeschichte. Cuando el lenguaje se corta con la historia”, en Koselleck, R. *historia/Historia*. (Traducción e introducción de Antonio Gómez Ramos). Madrid: Trotta, pp. 9-23.
- GUMBRECHT, H. U. (2021). “Modernidad” en Stuke, H.; Koselleck, R.; Gumbrecht, H. U. *Ilustración, progreso, modernidad* (Estudio introductorio de Faustino Oncina Coves. Traducción de Josep Monter Pérez). Madrid: Editorial Trotta, pp. 259-308.
- KOSELLECK, R. (2006a). Entrevista, en Fernández Sebastián & Fuentes Aragonés, J.F. “Historia conceptual, memoria e identidad (I): entrevista a Reinhart Koselleck”, *op. cit.*
- (2006b). Entrevista, en Fernández Sebastián, F. & Fuentes Aragonés, J.F. “Historia conceptual, memoria e identidad (II): entrevista a Reinhart Koselleck”. *Revista de libros*. <https://www.revistadelibros.com/articulos/historia-conceptual-memoria-e-identidad-iirnentrevista-a-reinhart-koselleck>
- (2011). *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*. (“Edición e introducción” de Faustino Oncina), Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- (2021). “Progreso”, en Stuke, Koselleck y Gumbrecht. *Ilustración, progreso, modernidad. op. cit.*, pp. 165-257.
- ONCINA COVES, F. (2007). “Necrológica del Outsider Reinhart Koselleck: el 'historiador pensante' y las polémicas de los historiadores”. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*. N.º 37, julio-diciembre, pp. 35-61.
- (2015). “De la contracción a la dilatación del tiempo: tiempos menguantes y crecientes”. *Historia y Grafía* (Universidad Iberoamericana, Ciudad de México), núm. 44, enero-junio, pp. 89-114.
- (2021). “Estudio introductorio: ¿Qué significa y para qué se estudia la historia conceptual?”, en Stuke, Koselleck y Gumbrecht. *Ilustración, progreso, modernidad, op. cit.*, pp. 9-35.
- RICHTER, M. (1990). “Reconstructing the History of Political Languages: Pocock, Skinner, and the Geschichtliche Grundbegriffe.” *History and Theory*, Feb., Vol. 29, No. 1, pp. 38-70.
- (1995). *The History of Political and Social Concepts: A Critical Introduction*. New York and Oxford: Oxford University Press.
- SABINE, G. H. (1939). “What is a Political Theory?”, en *Journal of Politics*, vol. 1,1, pp. 1-16.
- SKINNER, Q. (2002). *Visions of Politics. Volume I: Regarding Method*, Cambridge: Cambridge University Press.

- STUKE, H. (2021). “Ilustración”, en Stuke, Koselleck y Gumbrecht. *Ilustración, progreso, modernidad, op. cit.*, pp. 37-163.
- VALKHOFF, R. (2006). “Some similarities between *Begriffsgeschichte* and the *History of Discourse*”, *Contributions to the History of Concepts*, March, Vol. 2, No. 1, pp. 83-98.
- VALLESPÍN, F. (1995). “Aspectos metodológicos de la Historia de la Teoría Política”, en Fernando Vallespín (ed.). *Historia de la Teoría Política*, Tomo 1. Madrid: Alianza Editorial, pp. 19-52.
- WEBER, M. (2009). *La ‘objetividad’ del conocimiento en la ciencia social y en la política social*. Edición de J. Abellán. Madrid: Alianza.

Recibido: 08/09/2021

Aceptado: 10/12/2021

Este trabajo se encuentra bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0

